

tara en seguida. Entonces vió mi familia todas las llagas de mi cuerpo, ya que solo Dios podía ver las de mi alma. Por espacio de un año no me había descalzado, á fin de estar siempre dispuesta á asistir á mi esposo ó á huir de los salvajes. Tampoco me había desnudado mas que una vez para lavar mi ropa, y en todo mi cuerpo habia señales de un trabajo superior á las fuerzas de una mujer delgada.

Mucho tiempo estuve postrada. Muchas veces me arrojaba de la cama por la noche, dando gritos de terror. Soñaba horriblemente, creyéndome aun perseguida por los indios, por las fieras, por los soldados de Ibarra.

Cuando me restablecí, abandonamos todo lo que poseíamos en Santiago y volvimos á Tucuman.

Al poco tiempo tuve el sentimiento de saber el deplorable fin de Unzaga. Reducido el pobre á alimentarse de raíces, pensó en escaparse y huyó; pero estraviado luego, cedió al desaliento y fué á implorar clemencia á los pies de Ibarra. El monstruo mandó á sus soldados que lo remataran á lanzazos.

Después de doce años de inútiles instancias, he podido obtener permiso para trasportar á Salta los restos de mi esposo, á cuya memoria he erigido un túmulo.

Muerto Ibarra (¡Dios lo haya perdonado!) su honrado sobrino, el general don Antonio de Taboada, quiso ver, en una de sus expediciones al desierto, el paraje en que mi esposo exhaló su último suspiro, y lo que es mas (hay que decirlo en honra suya), hizo construir á los mismos soldados que fueron nuestros verdugos, una gran cruz de madera, con esta inscripción en sus brazos:

«¡Homenaje de respeto á un mártir de la TIRANÍA!»

Muchos viajeros franceses han tenido el honor de ver en estos últimos años á la ilustre y heroica doña

Agustina. Uno de ellos, Mr. Benjamin Poucel, bien conocido por los grandes servicios que ha prestado á la ciencia y á la industria, ha obtenido de esta señora, no sin repetidas instancias, la relacion cuyo extracto acaba de leerse.

El sabio doctor Martin de Moussy, compañero de viaje de Mr. Poucel de las provincias del Norte de la Confederacion Argentina, tuvo á bien escribir al autor de estas líneas lo siguiente:

«Caballero: todos los pormenores que usted sabe sobre la estancia de la señora Libarona en las fronteras del desierto del Chaco, son de una intachable exactitud...

Yo mismo tuve la honra de ver á esta heroína del amor conyugal en agosto de 1857 en Salta, á donde se habia retirado con su familia; pero entonces no conocia yo sino muy incompletamente su admirable historia. Hasta algunos meses después y en Tucuman, teatro de los acontecimientos, no llegué á saber toda la verdad por boca de testigos presenciales. La historia tristísima de esta gran mujer, es por otra parte notoria en esta ciudad, cuyos habitantes se enorgullecen con razon de tener tal compatriota.

Doña Agustina Palacio de Libarona, no pasa de la edad madura, toda vez que solo contaba 19 años en 1841, época del destierro y muerte de su marido.

Actualmente, rodeada de los suyos, objeto de la veneracion pública, en el seno de una familia que la idolatra, la heroica señora disfruta un bienestar que no es sino la justa y merecida compensacion de los trabajos de su triste y dolorosa juventud. Pero la delicada modestia de tan amable y dignísima señora, siempre tan buena como bella, está muy lejos de amenguarse con una vanidad impropia de quien es capaz de tan valerosas virtudes.»

M. DE M.

## DE KIEW A BEREZOW, MEMORIAS DE UNA DESTERRADA Á LA SIBERIA

POR MAD. EVA FELINSKA.

1839.

Uno de esos gemidos periódicos que advierten á Europa de vez en cuando que aun respira Polonia, atrajo, hácia fines de 1838, una recrudescencia de rigor sobre el malhadado reino; y la autora de esta relacion, Mad. Eva Feliuska, perteneciente á una noble familia de la antigua Ucrania, al par que otras jóvenes de su vecindad, sospechosas, como ella, de experimentar sentimiento y hacer votos por la pérdida patria, fue comprendida en un ukase ó decreto de transportacion á la Siberia.

Sin mas preámbulo seguiremos sus huellas desde la antigua ciudad de Kiew, donde dejaba su hogar y todos los objetos de su ternura.

Salida de Kiew.

Dejé á Kiew el dia 11 de marzo de 1839. El sol resplandecía, el cielo era de hermosísimo azul; y sin embargo, no se habian derretido aun los hielos. Después de pasar el Dnieper, los caballos de mi trineo partieron á carrera tendida por el camino de Orel... Era el principio de mi triste viaje. A cada instante volvía la vista atrás para dirigir otra mirada á la que amaba, y dejaba, sin duda para siempre... A poco, ¡ay! Kiew desapareció, y mis ojos desolados se perdieron en el espacio: los ruidos de la ciudad no llegaban ya hasta á mí, y solo oía el sonido monótono de los cascabeles sujetos al cuello de los caballos, y el crugido de los muelles del trineo que se hundía en la nieve. Mis dolorosas y terribles emociones, el frio, la fatiga, me hicieron perder, por decirlo así, la conciencia de mí misma: estaba yo rendida, anonadada: no dormía, no vivía: experimentaba las angustias de un sueño espantoso.

Cuando nos deteníamos en alguna posada para mudar caballos, ó componer el trineo, trataba de reunir mis ideas; me esforzaba en fijar mi atencion en las cosas que me rodeaban; pero semejante trabajo era superior á mis fuerzas: mi cabeza que ardía, y cierto malestar indefinible, no me permitían ya concebir un pensamiento lúcido. El cambio de tiros se verificaba con increíble rapidez: apenas parábamos, nos poníamos otra vez en camino, y mi carruaje infernal proseguía su carrera al través de abismos nevados. Ni los elementos, ni los obstáculos, ni los peligros lograban moderar el ardor de los pos-

tillones: parecia que una fuerza sobrehumana nos empujaba hácia adelante.

Por espacio de dos dias viajé de esta manera: por espacio de dos dias no tuve un momento de verdadero sueño; mis miembros inmóviles y helados me hacían sentir horribles dolores, y en una parada me ví obligada á apearme del trineo, por ver si entraba un poco en calor por medio del movimiento; pero habia yo presumido de mis fuerzas, y caí casi desmayada sobre el primer banco que encontré. El postillon me llamó con su voz ronca; pero no tenia yo ya la voluntad de obedecer á mis carceleros: me habia convertido en una cosa inerte, sin movimiento y sin pensamiento.

El maestro de postas y un oficial ruso retirado, á lo que creo, me miraron con atencion; y la alteracion de mis facciones, la lividez de mi rostro, les inspiró alguna compasion, y dijeron á mi guardian: —Esa mujer está incapaz de continuar su viaje, y es necesario concederle algunas horas de descanso: vuestra conducta con ella es un abuso de poder.— Y leyeron en alta voz las ordenanzas concernientes á las personas de mi sexo y edad; las cuales modificaban los derechos del guardian sobre sus presos. Me aproveché de ello; y desde aquel momento fue menos penoso mi viaje.

Las primeras horas de mi destierro me habian parecido interminables: no sabia ya medir el tiempo: en mi mente se confundía la idea de los dias y de los siglos; pero el hombre se acostumbra á todo, al sufrimiento, al dolor; y aprende á vivir hasta cuando no tiene ya nada que esperar en la vida.

Al cabo de una semana, la resignacion, la esperanza en la infinita misericordia, la paz del cristiano habian restituido á mi alma la fortaleza que domina los dolores humanos. Mi espíritu, dueño de sí mismo, podia tomar ya algun interés en los objetos que se ofrecían á mi vista; y en esta disposicion mas tranquila atravesé una parte de la Gubernia, después Czerniechow, la ciudad de Orel, las estepas regadas por el curso sinuoso del rio Oka, y llegué á Tula.

Tula.

La ciudad de Tula es punto de parada. Me aproveché de ello para apearme del trineo, y entré en el

despacho de las postas, donde encontré buena lumbré, que me hizo entrar en calor. Allí travé conversacion con un soldado del regimiento de Minsk, que llevaba el nombre de un pueblo que me habia pertenecido, y que habia vivido mucho tiempo en Polonia. Separada de todo lo que amaba, de todo lo que me interesaba, este encuentro me sirvió de consuelo: ¡da el aislamiento proporcionaciones tan colosales á los re-

cuertos! Podía hablar por algunos momentos de mi patria, y mi pobre corazon se sentia reanimado. En el destierro, en suelo extranjero, desaparecen las razas y las categorías: la desgracia casi borra ó por lo menos disminuye las diferencias de condiciones: yo hablaba con aquel soldado, como si fuese mi igual.

En la casa de postas habia una tienda de quinca-lla, sin duda con el objeto de tentar á los viajeros; lo



Una parada de posta rusa.

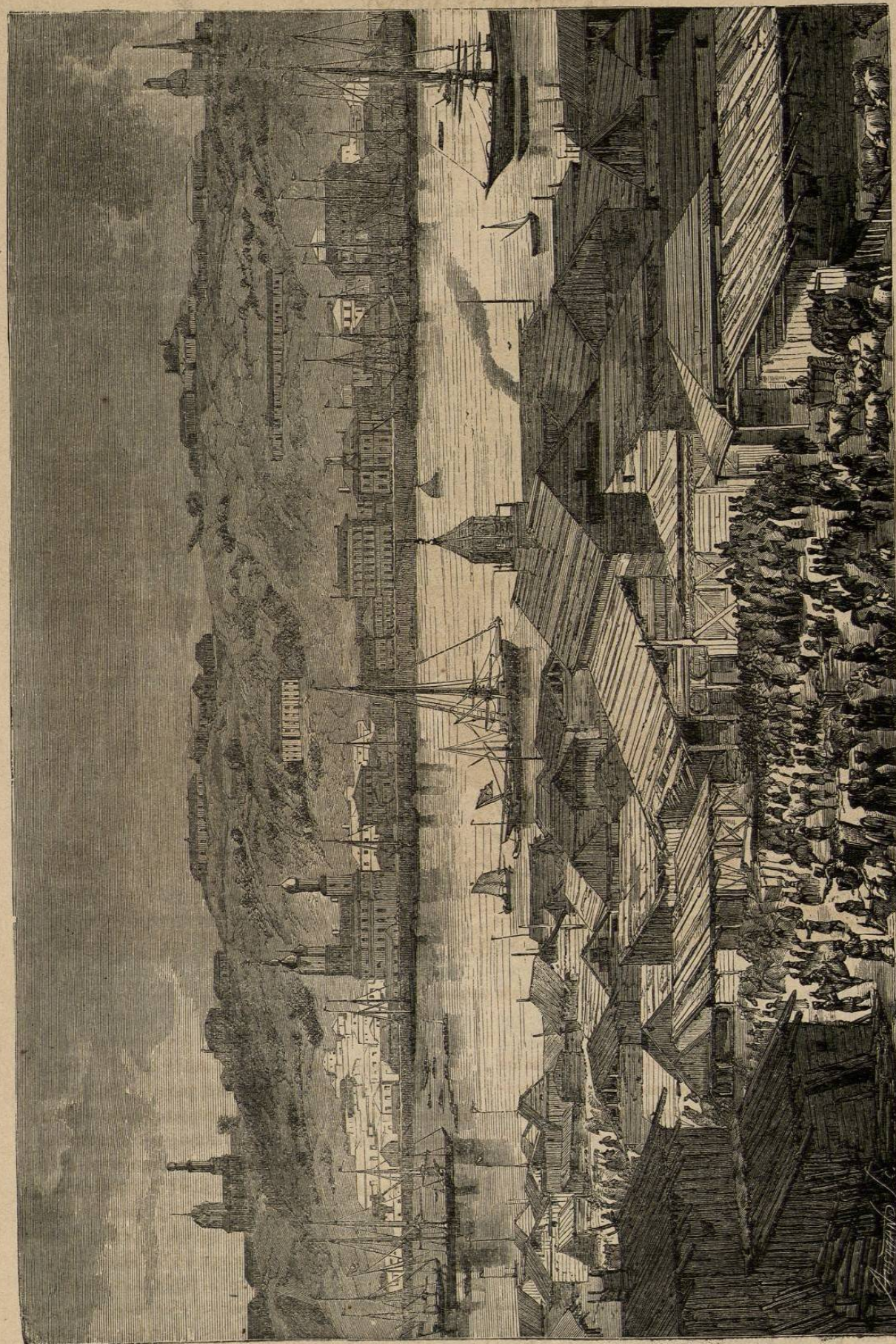
cual fue para mí una fortuna, pues no se me habia consentido llevar los objetos necesarios para el tocador, ni para las labores propias de la mujer. Compré, pues, un cortaplumas, tijeras, agujas, cepillos, un sello: todo lo cual fue elegido y pagado muy deprisa.

En el momento en que terminaba mis compras, sentí que deslizaban furtivamente un papel en mis manos: me volví precipitadamente, y ví al soldado que se alejaba de mí, haciéndome una seña de inteligencia. No comprendía qué podia ser aquel papel misterioso que me entregaba un desconocido; pero ya se supondrá cuán viva seria mi curiosidad, y que

tendria mucha prisa de verme sola; ó mejor dicho, al abrigo de miradas indiscretas, para leer lo que me habian entregado. Hé aquí el contenido del billete, escrito en ruso, con letra malísima, pero legible:

«Id con cuidado: todos tratan de engañaros: el valor de la moneda no es aquí igual al de vuestro país: habeis pagado dos rublos de mas; y, para vuestro gobierno, os incluyo una tarifa del dinero á fin de que no volvais á ser estafada por los bribones.»

De allí á poco se acercó á mí el soldado, como quien no lo hace, y le dí gracias por su excelente aviso, lo cual le animó á hacerme nuevas advertencias. Dijo-me que las monedas de oro, plata y cobre, ó los bi-



Nijni. — Novogorod.

lletes de banco, no tenían en el país valor fijo ó normal, y que hasta las palabras tenían solo un sentido relativo, local y de convención, según la necesidad del momento. Doce rublos, por ejemplo, no tenían su valor real, sino un valor imaginario según el curso del dinero en Siberia.

Siempre fui poco apropiado para el cálculo: me incliné ante aquellas combinaciones financieras sin examinarlas mucho, y metí la tarifa en el bolsillo, pensando que podría serme útil en lo sucesivo. He tenido, en efecto, frecuentes ocasiones de consultarla; y esta precaución me ha sido muy necesaria durante mi destierro.

Tenia muchos deseos de ver la ciudad de Tula, y de ver en detall sus manufacturas de armas y las demás curiosidades locales; pero mi guardian, ó, si os parece mejor, mi carcelero, era inexorable, y respondía siempre á todas mis peticiones y preguntas: «¡En marcha! ¡En marcha!» La insurrección hubiera sido una locura, y yo me resignaba sin murmurar.

Tula, en cuanto me ha sido permitido juzgarla, me ha parecido una ciudad bastante bonita; sus calles son anchas y alineadas; sus casas, adornadas con balcones y rejas de hierro fundido, dan á la población cierto aspecto de lujo y elegancia.

Desde Tula se sigue el camino que conduce á Kazan, y no tarda en descubrirse el bosque de Murom. Las tradiciones del país están impregnadas de cierta poesía salvaje, y lo que ellas refieren de ese bosque lleno de misterios, entretiene las veladas del pueblo. El bosque de Murom sirve de asilo á los bandidos: de generación en generación, se transmiten las relaciones de sus crímenes, y se afligen con los trágicos acontecimientos que han ensangrentado aquella espesura. Los bardos nacionales tienen acentos de una melancolía profunda cuando cantan las leyendas de Murom; y su poesía sin reglas, sin método y sin arte, tiene cierto perfume oriental que no carece ni de encanto, ni de gracia. En cada parada me complacía yo en oír esos cantos singulares y dulces; y hasta el mismo postillon, guiando sus caballos, me refería historias maravillosas; y todo ello era dicho con cierta elocuencia que daba á los hechos mas inverosímiles aspecto de verdad y de actualidad.

Mi guardian estaba tan impresionado, que antes de entrar en el bosque amartilló su pistola y desenvainó su sable; pero semejantes precauciones fueron perdidas, y no vimos ni un mal bandido.

Confieso que, después del desolador espectáculo de las estepas, la vista de árboles me hizo mucho bien: respiré con delicia el dulce perfume de la vegetación, y no me cansaba de mirar los gallos silvestres que revoloteaban por el bosque... ¡por un momento soñé que me hallaba en Polonia! ¡Los gallos silvestres son los habitantes de nuestros hermosos

bosques!... Pero no; la vida no es ya mas que un recuerdo...

Pronto nos aproximamos á la ribera del Volga, y después de una marcha corta, llegamos á Nijní-Novogorod, ciudad nombrada por su comercio. Las dos ciudades, separadas por el Volga, tienen diferente aspecto: la una acusa la actividad, el movimiento; y la otra representa la triste inmovilidad. El mismo país, el mismo pueblo, el mismo idioma, no tienen esteriormente punto alguno de contacto; pero la resurrección se opera una vez al año en la época de una gran feria, y como por encanto nace la animación en la fusión de las dos poblaciones.

La feria, que tenía lugar en Makariev, se estableció aquí en 1817. Dura cinco semanas, yo ví afluir á ella las producciones de Asia y Europa; el Volga que une los dos mares Báltico y Caspio trae á Nijní-Novogorod los productos del Norte y del Mediodía. Los persas, los calmucos y los bucarios, suministran drogas; las caravanas de la China, té y tejidos de seda; y los siberianos, pieles y piedras preciosas. El cambio de estos diversos géneros, constituye la riqueza de un país que se cree privado de todos los recursos morales y materiales al primer aspecto. Todo se transforma, pues todo se anima y se vivifica en el momento de la feria: se aproximan entre sí las poblaciones de diversas naciones; los individuos fraternizan; se borran las líneas de demarcación que separan las religiones, los trages, los usos y las costumbres, desaparece la repulsión que inspira la diferencia de color ó el tipo del rostro; la recíproca necesidad los une á todos, todos se ayudan entre sí, y los pueblos que están separados casi por la extensión del globo terrestre, no forman allí mas que una sola familia.

Los habitantes de los países vecinos y los extranjeros acuden en muchedumbre en tiempo de la feria: las casas, las cabañas, los asilos mas pobres, se ven materialmente invadidos por los curiosos, los mercaderes y los compradores; pero después de este milagro de la industria, vuelve á caer la ciudad en su apatía, en su sueño letárgico.

Yo hice provisiones en Nijní-Novogorod; precaución importante, pues estábamos en cuaresma; en las paradas solo encontrábamos grano de trigo morisco sin cascarilla, ó sopa de col, sazónada con aceite rancio, lo cual no era muy agradable para nosotras sobre todo, acostumbradas al lujo y regalo de la vida polaca. He dicho *nosotras*, pues yo tenía dos compañeras de infortunio: las señoritas Paulina Wilzopolska y Josefina Rzonzewska, desterradas de Kiew y destinadas á Tobolsk. El término de nuestra marcha era, pues, diferente; pero mientras llegaba el momento de separarnos, podíamos al menos vernos en las paradas, y cambiar algunas palabras. Esos!

rápidos desahogos son muy dulces para pobres desterrados!

En una parada, cuyo nombre no recuerdo, me arancó muchas lágrimas un cuadro de felicidad doméstica que apercibí en el taller de un herrero. Era un padre y una madre jugando con un niño rubio y colorado. ¡Y yo también tenía una hija!... ¡Y el destierro me alejaba de ella, tal vez para siempre!

Kazan.—Los tártaros.

Llegamos á Kazan la víspera de Pascua, muertas de hambre y de cansancio. Mis compatriotas y yo, resolvimos desplegar toda nuestra energía para hacer valer nuestros derechos, y en consecuencia, declaramos á nuestros guardianes que *queríamos* permanecer en la ciudad el tiempo necesario para reparar las fuerzas.

El jefe de la escolta escuchó nuestras reclamaciones con aire grave y solemne, y nos invitó á que nos apeásemos de los trineos; después recomendó á sus soldados la mas esquisita vigilancia, y se fué á conferenciar con las autoridades de la localidad.

Pasaban las horas, la noche se nos venía encima, y el oficial no parecía. El frío paralizaba nuestros miembros, y empezábamos á experimentar esa necesidad de dormir, que en aquel clima horrible es el precursor de la muerte. Ya no teníamos fuerzas para quejarnos, pero el postillon que oía nuestros sordos gemidos, se movió á piedad, hizo entrar los trineos en el patio cubierto de la posada, y nos dijo que bajásemos á calentarnos y comer. La escolta, que no conocía otra ley que la obediencia pasiva, no era de la opinión del postillon; sin embargo, después de vacilar un momento, se nos permitió entrar en la posada. Eran las diez de la noche cuando pusieron fin á nuestro suplicio: entramos en una pieza muy abrigada, y poco á poco nos sentimos volver á la vida. El frío nos había hecho sufrir tan crueles agonías, que habíamos olvidado el hambre; sin embargo, hicimos honor á la medianísima cena que nos sirvieron. En los grandes trabajos nos contentamos con poca cosa; en las grandes dichas nada nos contenta. Ya se comprende que una cama, que tanto necesitábamos, era un lujo inverosímil en aquella ocasión; por tanto no nos atrevimos ni á pedirlo ni á esperarlo, é hicimos bien, pues solo tenían que ofrecernos algunas mantas tendidas en el suelo y almohadas. Esto ya era mucho, y no tardamos en dormirnos profundamente. Pero ¡ay! ese descanso tan deseado y saludable no fue de larga duración. A la una de la mañana llamaron á la puerta á grandes golpes: era el despiadado oficial que venía á decirnos que se habían cumplido todas las formalidades, y era preciso que nos levantásemos sin pérdida de tiempo para ir á tomar

posesión de las habitaciones que nos había preparado la autoridad. Entablamos con él un largo coloquio: nosotras pedíamos por favor que se nos dejase pasar el resto de la noche en las mantas; y él con el tono mas absoluto nos mandó levantar inmediatamente. Fue necesario ceder, y partimos.

Un oficial de mayor graduación que nos esperaba en la antecámara nos saludó con urbanidad, y salió delante de nosotras para hacer avanzar los carruajes que debían conducirnos.

La *atención* de la ingeniosa autoridad, había condecorado con el nombre de habitación una especie de cloaca oscura é infecta: un hedor nauseabundo nos sofocó al entrar; las paredes relucían de humedad, y estaban materialmente cubiertas de una espantosa plaga de animalillos, que en Rusia llaman *tarakan*, y en Lituania *prussaki*. Así variaban nuestro suplicio, y teníamos en perspectiva el ser devorados por aquellos vichos inmundos, ó luchar con ellos. Tomamos el partido de implorar la piedad del oficial, y con las manos juntas le suplicamos que nos hiciese dar otro alojamiento. Visiblemente le turbaba nuestra petición: pareció como que reflexionaba sobre la enormidad de nuestras pretensiones; y al fin nos dijo: «He hecho, sin embargo, cuanto he podido. Antes de fijarme en este, he visto otros muchos cuartos: los habré encontrado mas limpios y mas cómodos, pero no los hay tan abrigados.»—«Metednos en una nevera, exclamamos nosotras; lo preferimos.»—El oficial salió, y volvió de allí á poco para decirnos que nos esperaba otro aposento mejor, el cual ofrecía todas las condiciones apetecibles en punto á salubridad.

«Van á enganchar, añadió, y partireis inmediatamente.»

Nosotras pedimos, como una gracia, que se nos permitiese ir á pie, pues no podíamos aguantar mas la atmósfera que nos rodeaba.

El oficial nos acompañó: su misión era no perdernos de vista un solo instante; pero caminábamos tan deprisa, que le costaba trabajo seguirnos.

El cuarto que nos habían destinado nos pareció bastante limpio y saludable. En cuanto nos vimos solas, nos apresuramos á hacer las camas: esta vez teníamos verdaderas camas, compuestas de una cierta cosa que llamaban colchon, y las correspondientes cubiertas. Los parlamentos, las formalidades, y las mudanzas se habían prolongado tanto, que ya empezaba á despuntar el día cuando pudimos gustar algun reposo; pero el reposo era para nosotras una esperanza vana, una ilusión; y un nuevo incidente debía venir bien pronto á arrancarnos brutalmente del primer sueño.

En efecto, de pronto oímos llamar á nuestra puerta, y una voz nos gritó: «Despertaos al momento, señoras. El señor prefecto quiere veros.»